Ser una Iglesia Madre de misericordia

Ser una Iglesia
Madre de misericordia[1]

Marcelo Alarcón A.

Las reflexiones que siguen están organizadas en tres momentos: mostrar que somos misericordiosos porque Dios lo es y hace posible que lo seamos; luego intentará favorecer la comprensión de la misericordia a la luz de la persona de Jesús en el contexto del proyecto del Reino; y por último vincular a la Iglesia, como Madre de misericordia, con el Reino de la Vida al cual sirve y con el deseo de imitar a Jesucristo para realizar su misión siguiendo su ejemplo.

Al final de cada acápite se encuentran algunas preguntas que buscan ayudar a la reflexión personal y comunitaria sobre el tema.

1. El Dios de la misericordia

La primera experiencia de Dios que tuvo Israel fue la de quien escuchó sus gritos y puso fin a su dolor (Ex 3,1ss).

> *"Cada vez que Israel buscó y necesitó a su Dios, sobre todo en las desgracias nacionales, tuvo una singular experiencia de comunión con Él, quien lo hacía partícipe de su verdad, su vida y su santidad. Por ello, no demoró en testimoniar que su Dios –a diferencia de los ídolos– es el "Dios vivo" (Dt 5, 26) que lo libera de los opresores (cf. Ex 3, 7-10), que perdona incansablemente (cf. Ex 34, 6; Eclo 2, 11) y que restituye la salvación perdida cuando el pueblo, envuelto "en las redes de la muerte" (Sal 116, 3), se dirige a Él suplicante (cf. Is 38, 16). De este Dios –que es su Padre– Jesús afirmará que no es un Dios de muertos, sino de vivos (Mc 12, 27)". (DA, 129)*

El acontecimiento del Éxodo quedó grabado en el alma de Israel. Desde sus orígenes históricos se delineó el proyecto que Dios tiene, no sólo para ellos, sino para todos: su deseo de vivir en comunión con nosotros haciéndonos partícipes de su riqueza. Para ayudarnos caminar en dirección a la vida plena, superando toda desgracia, nos regala su gracia; para salir de la miseria y enfilarnos hacia el gozo, su gracia se nos manifiesta como misericordia[2].

Así experimentó el pueblo de la Biblia la misericordia de Dios con una hondura y extensión que superan latamente la identificación exclusiva de esta realidad con la

---

[1] Recordemos que en la Jornada de planificación pastoral de agosto del año 2013 se definieron tres opciones o caminos misioneros que estamos llamados a privilegiar como Iglesia: Ser una Iglesia Madre de misericordia, salir al encuentro de los demás e ir hacia las periferias geográficas y existenciales. Cfr. Vicaría General de Pastoral. *Remen mar adentro. Misión territorial, "La fe se fortalece dándola"*. Acentuaciones pastorales 2014 de la Arquidiócesis de Santiago. Documento provisorio, 18 de Octubre de 2013, p. 12. Esta reflexión sobre la Misericordia, forma un conjunto con los otros dos temas, además del carácter paradigmático y programático de la misión. Estos materiales pueden hallarse en http://inpas.cl/formacion/formadores2.php

[2] Por su evidente imbricación, en algunos casos me permitiré usar las palabras como sinónimos.

compasión y el perdón. Al hablar de misericordia el lenguaje bíblico oscila de la misericordia al amor pasando por la ternura, la piedad, la compasión, la clemencia, la bondad y, por cierto, la gracia.

Esta última, aunque tiene una acepción más vasta que la misericordia, es la más rica expresión de lo que la misericordia de Dios supone como experiencia de encuentro y salvación. Desde el principio hasta el fin Dios manifiesta su ternura con ocasión de la miseria humana y, sobre todo, en vistas a la consolidación del proyecto original de comunión.[3]

Si hay una realidad que nos ayuda a comprender la misericordia de Dios para aprender a vivir en ella es la gracia, el don de Dios que nos permite entrar en un intercambio con Él. Esta comunión, en virtud de la cual Él se ha humanado para que nosotros fuéramos divinizados, nos permite superar por su misericordia toda precariedad y miseria, para vivir un mundo *sin llanto, ni dolor, ni muerte*[4].

La gracia de Dios, ofrecida a nosotros como don que nos hace participar de la naturaleza divina, se experimenta como misericordia especialmente ante la miseria y el dolor. *He visto la miseria de mi pueblo,* dice Yahvé, *voy a bajar a liberarlo* (Ex 3,7). Pero incluso, si el hombre decide separarse de Dios, la misericordia se impone todavía a causa del destino desgraciado de quien toma un camino ajeno a la vida. Así, con ocasión del pecado, "entra el hombre más profundamente en el misterio de la ternura divina"[5], se *revuelve* el corazón de Dios y se conmueven sus entrañas (Os. 11,8). En efecto, Dios se goza más cuando encuentra o regresa aquello que estaba perdido (Lc 15).

La misericordia de Dios hay que entenderla además como un don universal y, aunque su único obstáculo es la decisión libre de la persona de tomar distancia de Dios, se da a todos sin distinción (Eclo 18,13).

Hemos dicho que la gracia de Dios nos hace partícipes de la naturaleza divina, es decir del modo de ser propio de Dios. La afirmación más clara y sucinta del ser de Dios la encontramos en 1 Jn 4,8.16, sin embargo su significación queda espléndidamente reseñada por Pablo en el texto que citamos completo por su inestimable valor para la comprensión de este tema:

> *"¿Qué más podemos añadir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios, si Dios es el que salva? ¿Quién será el que condene, si Cristo Jesús ha muerto, más aún, ha resucitado y está a la derecha de Dios interceciendo por*

---

[3] Cf. León-Dufour, X. Vocabulario de teología bíblica. Herder, 1982. "Misericordia".

[4] Cf. Ruiz de la Peña, J. L. *El don de Dios. Antropología teológica especial.* Sal Terrae, 1991, p. 374. Una sola vez aparece en la Biblia el concepto "naturaleza divina" y constituye la afirmación más contundente de la dimensión divinizante de la gracia. "Dios, con su poder y mediante el conocimiento de aquel que nos ha llamó con su propia gloria y poder -Cristo-, nos ha otorgado todo lo necesario para la vida y la religión. *Y también nos ha otorgado valiosas y sublimes promesas, para que evitando la corrupción que las pasiones han introducido en el mundo, se hagan partícipes de la naturaleza divina*" (2Pe 1,3-4). Cfr. Capdevila i Montaner, V. *Liberación y divinización del hombre*. Vol. II. Ágape, 1994, p. 259-260.

[5] León-Dufour, X. *Op. cit.*

nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?

Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. Porque estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro".

Rm 8,31-35.37-39

Participar de la vida de Dios por gracia y misericordia implica vivir como Él, amando lo más radicalmente posible como suele hacerlo Dios. Por ello, parafraseando a Juan (1 Jn 4), podemos afirmar que *quien dice que ha nacido de Dios y no es misericordioso, miente* y, al contrario, *aquel en quien la gracia de Dios actúa, vive en la misericordia como Dios. Ese es de Dios, porque nació de Él.*

Conviene aquí ahondar en un punto importante. En la medida en que Dios es misericordia y nos hace participar de su naturaleza, todo acto genuinamente misericordioso en el hombre es posible como participación en la vida de Dios. La afirmación "nosotros amamos porque Él nos amó primero" (1 Jn 4,19) vale también para la misericordia. Por ello, el cristianismo ha comprendido desde sus orígenes la inseparable vinculación entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Este es "el único acto categorial y originario en que el hombre... hace la experiencia trascendental, sobrenatural e inmediata de Dios".[6] De este modo, cualquier acto de misericordia y amor a los demás posee un valor salvífico en cuanto expresa un vínculo con Dios que lo hace posible. Por lo mismo, es virtualmente un acto de fe y -sépase o no, créase o no- un signo claro de la gracia.

En este sentido una Iglesia que busca vivir en la misericordia habrá de retomar con nuevos bríos el camino de la contemplación de Dios, alejándose del riesgo de vivir desacralizada y sin referente fundamental.

Imbuida en la cultura contemporánea, la comunidad creyente se enfrenta al peligro de aposentarse en la finitud y la profanidad, hipotecando el deseo religioso en respuestas cortoplacistas. La Iglesia "religiosa" está compuesta por hombres y mujeres creyentes, que procuran reconocer los signos de Dios, *contemplándolos* "en las experiencias cotidianas de su vida, en el ciclo de las estaciones, en la fecundidad de la tierra y en todo el movimiento de cosmos. Dios es luminoso y se deja encontrar por aquellos que lo buscan con sincero corazón".[7]

Este deseo religioso es la *plataforma antropológica* de la experiencia cristiana que puede hacer posible una Iglesia misionera misericordiosa[8]. Allí, en medio de los trajines cotidianos habrá que ir discerniendo cómo se nos revela hoy el Dios de la misericordia, y cómo la vida misma que se construye en cada rincón de las ciudades, poblaciones y hogares se constituye en un lugar teológico desde donde es posible comprender las implicancias que tiene para la Iglesia querer ser Madre de misericordia.

---

[6] Ranher, K. Citado en Ruiz de la Peña, J. L. *Op. cit.* p. 386.
[7] Francisco. *Lumen fidei*, 35.
[8] Cfr. Garrido, J. *Proceso humano y gracia de Dios*. Sal Terrae, 1996, p. 30.

1. ¿Hacia qué experiencias fraternas debemos ampliar nuestro concepto de misericordia entendido a veces sólo como perdón y compasión?

2. ¿Qué lugar damos a la contemplación de Dios para aprender de Él a vivir en la misericordia?

3. ¿La comunidad cristiana es un espacio "religioso", es decir, nos permite efectivamente experimentar cómo Dios se nos revela y establece una relación de comunión con nosotros?

2. Reino de la gracia y reino de la desgracia. La práctica liberadora de Jesús

La comprensión y la práctica de la misericordia en Jesús se encuentran inseparablemente unidas a su experiencia de Dios y del proyecto que Él tiene para nosotros: el Reino.

En ese contexto, dos "familiaridades" resultan escandalosas en Jesús para ciertas corrientes religiosas de su época. La primera es la que tiene con Dios, a quien llama coloquialmente "papá". La trastienda de esta relación es la conciencia que tiene Jesús de la necesidad absoluta de Dios para sobrevivir.

2.1. Padre querido…

El ejemplo de los niños es el más prístino para percibir esta radical dependencia de otro para abrirse camino en la vida. Jesús los pone como ejemplo de la condición necesaria para entrar en la gozosa experiencia del Reino (Mc 10,13-16). Todavía más, el Reino *les pertenece* tanto como a los pobres, precisamente porque comparten la condición carente y necesitada y esperan que otro los salve. Dios reina en su favor con mayor ahínco y les regala su propia Vida, precisamente porque son quienes más necesitan de ella. O nos hacemos como ellos (niños y pobres[9]) o no habrá espacio para que Dios reine a favor nuestro, ya que la vida que Dios ofrece a todos, supone la conciencia de que sin ella no hay esperanza posible para nosotros a partir de nuestras propias posibilidades. En este sentido, *"el comienzo de la salvación estriba en aprender a llamar a Dios padre querido"*[10], dejando de lado la idea de que nos salvamos por nuestros méritos, cuando es Él quien salva, y lo hace "gratis" simplemente porque es bueno.

Con Dios y por Él podemos transitar como sus hijos por el Reino de la gracia, superando la *desgracia* de una esperanza de felicidad y vida que se ven truncadas por nuestra precariedad.

---

[9] Para la comprensión de este "hacerse pobres", sigo la interpretación de las bienaventuranzas en la versión de Mateo (Mt 5,1-12), donde se señalan *actitudes* virtuosas para las cuales el Reino es recompensa. El mérito humano, supone la gracia que lo hace posible y en este sentido el "hacerse pobres en el espíritu" de Mateo se diferencia de la posición farisea y la salvación por la ley. Por su parte, los "pobres", a los que alude la versión lucana de las bienaventuranzas (Lc 6,20-23), son aquellos que viven una *situación* de carencia y necesidad no querida (y rechazada) por Dios. A éstos el Reino se les ofrece como compensación por su dolor.

[10] Ruiz de La Peña, J. L. *Op. cit.*, p. 243.

No más un Dios lejano y castigador como lo percibía cierta religiosidad judía, sino un Padre, o si prefiere una Madre, que en la persona de Jesús ha cruzado la calle en dirección a la humanidad doliente, necesitada de su amor y misericordia, con una predilección por la muchedumbre frágil, empobrecida, sufriente y excluida[11]. La entera revelación bíblica atestigua que Dios ama preferencialmente a aquellos que no merecen nada ni por sus bienes (pobres) ni por sus obras (pecadores). Él pone su corazón en la miseria en que viven -misericordia- y los ama más porque más lo necesitan. Por eso, "los más amados son los menos amables, porque Dios ama como crea, desde la nada".[12]

Esta experiencia religiosa que tiene Jesús de Dios y que nos revela con rasgos de familiaridad y amor misericordioso, será la que Él mismo intente reproducir hasta el extremo. Su comprensión personal del Padre y la experiencia de lo que significa que Él reine a favor nuestro marcarán decisivamente su talante espiritual y perfilarán decisivamente su misión en el mundo.

2.2. En la familia de los pobres y pecadores…

La segunda familiaridad escandalosa de Jesús es la que tiene con los empobrecidos, sufrientes, excluidos y pecadores. Comparte el día a día con ciegos (Mc 10,46-52), mujeres (Jn 4,7-26), enfermos (Mt 11,2-6), hambrientos (Mc 6,30-44), endemoniados (Mc 1,21-28) incluyéndolos a todos. Carga sobre sí el letrero de comilón y borracho, amigo de traidores –recaudadores de impuestos- y pecadores (Mt 11,19). Junto a sus amigos y discípulos, el grupo más cercano con quienes comparte la mesa, la conversación y el cariño son aquellos a quienes la religión oficial considera "impuros" (Mc 2,16), entre ellos los leprosos a quienes toca sin temor (Lc 5,13), las prostitutas por quienes se deja tocar y ungir (Lc 7,36-50).

En este empeño, Jesús busca invitar a todos a vivir desde la misericordia amando a los enemigos (Mt 5,44) y optando por los más pobres (Lc 14,15-24)"[13]. Con el testimonio de su propia vida, Jesús nos manifiesta que Él es Dios que se ha humanado para que nosotros podamos ser como Dios (Gn 3,4)[14] y al hacerlo nos muestra que esto se realiza poniendo el corazón en la miseria del otro, extendiendo la propia vida a favor de Él.

Estas dos familiaridades de Jesús expresan su comprensión de la misericordia divina. A los empobrecidos e impuros que se veían excluidos del Reino de Dios por la religión oficial, les anuncia el Evangelio de la misericordia: ¡son los primeros destinatarios de las promesas de salvación (Lc 4,16ss), sin condenas, pues ha llegado

---

[11] La palabra griega que en los evangelios se traduce habitualmente por "muchedumbre" es "okhlós", que habría que entender como el pueblo empobrecido, que carga con sus enfermos, olvidados y sin esperanza. Son los últimos de la sociedad; sobre todo aquellos que carecen de los bienes necesarios para una vida digna, aunque hay que incluir sin duda a quienes han perdido el sentido de la vida y el amor se les ha hecho esquivo (como María de Magdala, la samaritana, la hemorroísa, Zaqueo y tantos otros).

[12] Ruiz de La Peña, J. L. *Op. cit.,* p. 243.

[13] Cfr. DA 353.

[14] La serpiente afirma: "En el momento en que coman se les abrirán los ojos y serán como Dios…" (Gn 3,4). Y tiene en parte razón, seremos como Dios, participaremos de su misma naturaleza, pero no por mérito nuestro, sino por gracia. Quien puso sus ojos en nuestra miseria, nos hará participar de su riqueza.

el tiempo de la gracia![15]

Al ofrecer tan fácilmente el Reino a los impuros, pobres y pecadores, Jesús entró inevitablemente en conflicto con los responsables de la pureza y santidad de quienes se relacionan con Dios. La práctica de Jesús estuvo orientada por uno de sus pasajes predilectos, "Consuelen, consuelen a mi pueblo dice el Señor…" (Is 40,1ss), despertando en Él una pasión desbordante a favor de los excluidos y en confrontación con los opresores que *no hacen justicia a los indefensos, despojan de sus derechos a los pobres, hacen de las viudas su presa y despojan a los huérfanos* (Is 10,1ss).

De ahí que el cristianismo tenga un componente integrador e incluyente tan extraordinario, por sobre el ámbito de lo puro-impuro. La encarnación y la cruz nos recuerdan que Dios salva gratis; que su amor está por sobre los códigos de la pureza-impureza, pues como nos recuerda el relato del juicio final, sólo el amor salva[16]. Por ello, el discípulo de Jesús incluye a quienes no merecen nada ni por sus obras (pecadores) ni por su condición social (pobres). Si pretendemos cerrar los ojos ante las realidades de exclusión, no somos promotores del Reino de la gracia y nos situamos en el camino de la muerte y la desgracia, porque "el que no ama, permanece en la muerte".[17]

La catequesis litúrgica de Lucas sobre la misericordia (oveja, moneda, hijo -Lc 15,1ss-) transparenta hondamente este punto. En efecto, la experiencia revelatoria de Jesús manifiesta la condición paterno-materna de Dios respecto de los hombres, especialmente a aquellos cuya existencia se hace vulnerable por razones materiales o morales. Jesús obra así, porque así lo hace Dios, tomando distancia del judaísmo, incluido el Bautista, que acepta a los pecadores *después* de que se han convertido y hecho penitencia; Jesús, en cambio, les ofrece la salvación *antes* de que se conviertan[18]. Por ello la fascinación que provoca Jesús, pues quien se encuentra con Él, sobre todo si es un pecador o un empobrecido, experimenta la incondicionalidad e ilimitación de lo que es pura gracia, don y lleno de alegría y gratitud balbucea *Señor mío y Dios mío*.

Esta condición gratuita de la misericordia se expresa magistralmente en la parábola del fariseo y el publicano, propuesta por Jesús a "algunos que se presumían ser hombres de bien" (Lc 18,9-14). El publicano se vanagloria ante Dios de sus obras. Su acción de gracias tiene más que ver con el goce de sus propios méritos que con el reconocimiento de la salvación que Dios regala gratuitamente. "Te doy gracias porque no soy como el resto…" reza el fariseo, seguro de sí, cabeza en alto, bien adentrado en templo. El publicano, por su parte, no se atreve siquiera a levantar la mirada, carga sobre sí la culpa de su pecado, vive (y sufre) la experiencia de la impureza. Sin embargo, coloca su vida en la única experiencia de salvación posible, en la misericordia de su Dios, que escucha su oración y lo acoge como a un hijo que regresa: "Dios mío, ten compasión de mí que soy un pecador". Este volvió a su casa reconciliado con Dios y el otro no, sentencia categóricamente Jesús.

---

[15] E texto de Isaías 61, junto con el año de gracia, pregona la llegada del *día de la venganza de Dios*. Jesús omite esta última sentencia. El Reino está lejos de ser castigo y dolor, es por el contrario misericordia y alegría. Cfr. Schnackenburg, R. *La persona de Jesucristo*. Herder, 1993, p. 210-212.

[16] Cfr. Mt 25,31-46.

[17] DA, 358; 1 Jn 3,14.

[18] Cfr. Ruiz de la Peña, J. L. *Op. cit.,* p. 245.

El Reino de Dios, que es reino de gracia, supone la superación de la des-gracia sufrida por los últimos, haciendo de ellos poseedores de ese Reino. En este sentido, el Reino deviene entonces por don suyo en *reino del hombre*, cuya vida agraciada por misericordia constituye la alegría y la gloria de Dios[19].

La misericordia es una de las expresiones radicalizadas del amor y el creyente está llamado a reproducirla en su vida como expresión de su vinculación con Jesús. Lo mismo la Iglesia que camina tras la huella de su Señor y Maestro.

1. ¿En qué observamos qué el Reino anunciado por Jesús es una experiencia de misericordia?
2. ¿Qué lugar ocupa el proyecto del Reino en nuestras conversaciones, intereses y acciones pastorales?
3. ¿La idea de Dios que tenemos coincide con el que Jesús nos reveló? ¿Por qué?
4. ¿Quiénes son los primeros invitados a experimentar la misericordia del Reino en mi comunidad o en mi entorno?

3. Una Iglesia *como Dios manda*: Al servicio del Reino de la gracia[20]

- "¿Quién es Jorge Mario Bergoglio?
[Se me queda mirando en silencio...]

- "Soy un pecador en quien el Señor ha puesto sus ojos...".[21]

La confesión pública del Papa nos recuerda la fragilidad humana y la ternura de Dios. Al mismo tiempo nos da un punto de arranque para pensar la experiencia creyente en la Iglesia a partir de la periferia en que viven tantos hermanos y hermanas y las implicancias para una vida en misericordia.

"El que cuelga del madero es maldito de Dios", un cuerpo que, por su impureza, mancha la tierra que Dios nos ha dado[22]. Así pensaban quienes a la distancia vieron al crucificado. Terminaba una etapa que había comenzado con la encarnación en virtud de la cual Dios se incluyó e implicó con la humanidad de un

[19] Cfr. Ireneo. *Contra los herejes*, 4,20,7. La formulación original reza: "Porque la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios".
[20] Parafraseando la obra de José Luis Cortés "*Un Señor como Dios manda*".
[21] Entrevista del P. Antonio Spadaro, S.J., director de *La Civittà Cattolica,* al Papa Francisco. Roma, 19 de agosto de 2013.
[22] Cfr. Dt 21,23; Ga 3,13.

modo irreversible. El hecho es que el Padre salvó al mundo a través de su Hijo, excluido entre los excluidos: en la periferia de la ciudad, sin poder, desplazado por su impureza, en el más absoluto desamparo. En palabras de Aparecida –y del Salmo 117,22- Jesús en la cruz es un *sobrante, un desechable*.[23]

Es inevitable la pregunta: ¿Qué implica para la comprensión de lo que la Iglesia es y para su misión que Dios se nos haya relevado en la persona de un excluido? La Iglesia es sacramento de salvación de un mundo que, en virtud de la encarnación, es sacramento de Dios antes que ella. Por ello, los creyentes no contraponemos Iglesia y mundo como si fueran dos cosas totalmente distintas, como si Dios estuviera del lado de la Iglesia y la salvación dependiera más de ella que de Él.

El Concilio Vaticano II nos enseña que la Iglesia está al servicio del Reino y que donde quiera que ocurran buenas cosas para el desarrollo humano, el Reino está aconteciendo y lo hace en esa Iglesia de círculos concéntricos que describió tan lúcidamente el Concilio[24].

Por ello, los discípulos que acompañan a un mundo que reconocen como carne de su carne y sangre de su sangre, serán el consuelo más tierno que Dios pueda ofrecernos en tiempos en que el presente se eterniza y el futuro se torna incierto. No sabemos bien hacia dónde vamos, qué está ocurriendo. El pasado, los sentidos y las legitimidades que hemos vivido hasta ahora no bastan para explicar y dar sentido a lo que vendrá. Vivimos tiempos de mucha incertidumbre y una Iglesia compañera y misericordiosa, que reconoce que el protagonista es el acompañado, que no tiene recetas, pero que sabe estar y quedarse junto a las personas cuando la vida se hace difícil, es lo que más necesitamos.

A tono con Aparecida podemos afirmar que si no hay misericordia para todos, especialmente los pobres no la habrá para nadie.[25]

La iglesia vive en la misericordia porque Dios así lo hace y así lo ha sido también con ella. Una comunidad que toma conciencia su propia precariedad, de la bajeza de la vida, experimenta la misericordia y está en mejores condiciones de darla. Es el testimonio del samaritano que atiende al caído en el camino. Es capaz de comprender el dolor del hermano y solidarizar con el, porque él mismo es un excluido (Lc 10,25-37). La invitación "Vete y haz tú lo mismo" con la que se cierra la parábola implica no sólo la solidaridad con los excluidos del camino, sino la conciencia de que el reconocimiento de la propia fragilidad y pobreza es condición para valorar la misericordia y vivir en ella.

---

[23] Cfr. DA, 65.

[24] Cf. LG 14-16. El Papa Benedicto XVI nos recuerda que: "No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre». Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro" (Porta fidei, nº 10).

[25] La expresión de Aparecida 395 es: *"Si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos"*.

1. ¿Cómo nos imaginamos una Iglesia cuya fisonomía esta dada por la ternura, la compasión, la clemencia y la bondad como expresiones de la misericordia?

2. ¿Qué acciones eclesiales manifiestan hoy la misericordia de Dios?

3. ¿Qué cambios debiéramos hacer como Iglesia para crecer como Iglesia misericordiosa?

Epílogo: *"Pónganse detrás de mí…".*

En una escena como sacada del cine por su colorido y movimiento, Marcos nos narra la llamada a los cuatro primeros discípulos (1,16-20). Jesús camina bordeando el mar de Galilea, se encuentra con unos pescadores, los llama, ellos lo siguen. Primero a Simón y su hermano Andrés, dos muchachos de origen griego, y luego a Santiago y Juan, dos hermanos judíos. Minutos antes Jesús ha proclamado la llegada del Reino y ahora todos están convocados (judíos y griegos), la misión es por definición comunitaria e inclusiva, a favor de la Vida y contra aquello que se le opone: el mal y la muerte.[26]

Jesús les dice literalmente "pónganse detrás de mí" (*deuter opiso mou*), invitándolos a vincularse con su persona, su misión y su destino. Por donde vaya Jesús irán sus discípulos, dirán lo que dijo, harán lo que hizo. La suerte de la comunidad está vinculada a la suerte del Maestro ("El resucitado"), aunque por ellos sufran persecución y muerte.

Los discípulos mirándose a sí mismos pudieron comprender que no fue la santidad y la perfección el mérito para iniciarse como discípulos de Jesús, sino el encuentro, la llamada y el deseo de "ponerse tras Él". Por eso no hay muchos sabios según la lógica del mundo ni poderosos, Dios escogió más bien lo débil de modo que nadie presuma de sí mismo, sino de Dios de quien nos viene la salvación, santificación y redención (1Cor 1,26-31)

Por eso, para los cristianos prima la disponibilidad a una voluntad de Dios que debe ser buscada a lo largo de una historia de vida, en los trajines del día a día. Es lo que llamamos "conversión permanente", la que se orienta a un futuro conocido sólo en la esperanza, el que sin embargo está sustentado en el presente por la fe y anticipado por el amor.

"La revitalización de la novedad del evangelio
no depende tanto de grandes programas y estructuras,
sino de hombres y mujeres nuevos"[27].

---

[26] El "mar" tiene por lo general una connotación negativa en la Biblia. Se lo asocia a las fuerzas del *mal* que se oponen al designio de Dios. Probablemente, la influencia de los Filisteos, pueblo marítimo que entró numerosas veces en conflicto con Israel, determinó esta visión. Marcos, sabe de esto y por ello la misión a la que convoca Jesús -"los haré pescadores de hombres"-, tiene en su versión la perspectiva del reino en cuanto defensa de la Vida y oposición al mal y la muerte. De hecho, a continuación de este relato vocacional, Jesús enfrenta el mal en la sinagoga (1,21-28) y en la casa cristiana, en este caso, la de Pedro (1,29-31).

[27] DA, 11.